

FRAY NELSON MEDINA

PARROQUIA DE STO. TOMÁS DE AQUINO 16/12/2017 10,30 h.

Urb. Los Rectores. Espinardo (Murcia)

### **“NECESITAMOS EL DON”**

Nuestra Iglesia necesita invocar la presencia del Espíritu Santo, y esto lo vamos a ver a través de cuatro figuras muy diferentes pero que tienen en común la ayuda del Espíritu Santo.

1.- La samaritana. El relato nos conduce a conocer más sobre ella, con la conversación de Jesús sobre sus maridos (en definitiva: has tenido tantos que ahora no tienes ninguno). Esto es algo que estuvo en la vida de ella, una historia repetida varias veces: un marido, otro marido... Podemos imaginar su tristeza tras el primer fracaso y después los otros sucesivos. No logra encontrar otra forma de hacer las cosas: busca, cree que ha encontrado, (se) decepciona, siente tristeza-rabia-depresión... y otra vez el mismo ciclo de buscar, decepcionarse, entristecerse... Ella no encuentra otra manera de hacer las cosas: está aprisionada por una búsqueda y un ciclo de fracasos, entre la necesidad de amor o de apoyo y su frustración.

Necesidad-frustración-necesidad-frustración...

Su prisión no es externa, sino desde dentro. Su prisión se puede describir así: entre la necesidad y la frustración. Estas dos palabras, que captan lo que nos dice el Evangelio de san Juan, nos son familiares, porque a lo mejor tenemos necesidades recurrentes que nos llevan a frustración recurrente y seguimos aprisionados.

Esta prisión interna es muy importante, porque con la llegada de Cristo este círculo se rompe, el ciclo destructivo y humillante que succiona la alegría, la energía y la esperanza de esta samaritana.

Cualquier vicio se puede describir con este círculo vicioso necesidad-frustración. Pero Cristo es capaz de romper ese ciclo, a la vez con delicadeza y fortaleza. Cristo trae una novedad a la vida de la samaritana y la primera

sugerencia de un cambio posible está en el condicional: “si conocieras el don de Dios”. Cristo trae vida más allá de ese ciclo recurrente. Ese ciclo del que la persona no logra salir, esa prisión interna que existe aunque no haya nada que me limite exteriormente. Esta experiencia de la “cadena adentro” que ningún herrero puede romper. Por eso necesitamos el don, para romper esa cadena.

2.- El joven rico. Éste no lleva una vida escandalosa como la samaritana, que busca el agua a una hora en que nadie la moleste ni la critique. Tiene las “bendiciones” a las que podía aspirar un judío según el Antiguo Testamento: es la imagen de un bendecido, no hay nada en él que sugiera que estamos ante un desastre. Tiene riqueza material y moral, y desde ahí se acerca a preguntar a Cristo. Pero ¿por qué pregunta? Pregunta por la vida eterna, pero la respuesta de Cristo tiene dos fases, y en la segunda, en el evangelio de san Marcos dice que “lo miró con amor”, es decir, hizo brillar el sol de todo bien sobre este hombre: ¿no parece demasiado para una sola persona? Tiene riqueza material, oral y la sonrisa de Cristo, desde la cual le dice que lo venda todo y lo siga. El joven rico se detiene como si Cristo le hubiera puesto al borde del abismo, con su sonrisa y su amor. Cuando se da la vuelta y se va tras una oferta que cayó en el vacío. Fue invitado por el Hijo de Dios y éste dijo “no”. Por muy bien que se viera, lo cierto es que el joven rico estaba aprisionado: no tenía riquezas, las riquezas lo tenían a él, tanto su dinero como su virtud.

Quien deja ver con su luz cuál es la cadena es Cristo. Aquí la cadena no se rompe pero queda a la vista: uno no sabe lo encadenado que está, y a veces hay que moverse para saber si uno está realmente encadenado o no. Es el movimiento que Cristo quiere de ti el que revela tu cadena. Si no me muevo, me siento libre. Creemos que somos humildes o generosos pero no es cierto. Cristo tiene que ponernos en movimiento para que descubramos si estamos encadenados o no.

Pero en este pasaje también hay que destacar la fuerza del rostro de Cristo. Toda la belleza y majestad del rostro y la palabra de Cristo puede ser resistida a pesar del tirón del amor divino. El límite de las fuerzas humanas que se resisten no es solo nuestro, hay algo más:

*Poneos las armas de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo, porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los*

*principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire. (Ef 6, 11-12)*

### 3.- Jesús ante Pilato.

Sobre todo en la versión de san Juan, aunque en los otros evangelistas también, se nos hace ver que Pilato era consciente de su poder y también de que Jesús era inocente. A pesar de esto, lo manda azotar: es la primera transgresión que hace de la Ley. Azotar a una persona era dejarla destrozada, probablemente lisiada de por vida. Y tras esto Pilato pensaba que los judíos estarían satisfechos. Pero no. Y Pilato ya sabía que había cometido una injusticia, y se lava las manos y dice que hagan lo que quieran. Encontramos en Pilato una cadena: él sabe que Jesús es inocente y lo puede salvar (por si faltara otra voz, llega la de la esposa). Todo le grita a Pilato que no lo haga, y a pesar de su poder está encadenado por dentro. El juicio, Herodes, todo le dice que Jesús es inocente. Sin embargo, lo tortura y lo ejecuta. ¿Cómo estaba de encadenado ese corazón? Démonos cuenta del vigor del pecado en la vida humana, es una cadena muy fuerte, un disparo a matar.

### 4.- Llamada de Mateo.

Los cobradores de impuestos eran escogidos del pueblo al que los romanos cobraban. Ellos no cobraban directamente, sino que establecían un porcentaje a favor del recaudador. Es un sistema que, estimulando la codicia, consigue el objetivo de recaudar y que funcionaba perfectamente. Pero el publicano trabaja para un imperio opresor y pagano, por lo que estos recaudadores o publicanos eran vilipendiados por el pueblo. Las tropas que portaban las águilas romanas y que las defendían con su propia vida, que recorrían los caminos y las ciudades de Israel mostrando su poder, tenían a algunos de los suyos trabajando para ellos, que además se ensañaban con los que menos podían defenderse, como viudas y huérfanos, recaudando impuestos para ese Imperio. Así, los publicanos se volvían ricos, pero tenían cuatro cadenas: la codicia (hay que tener en cuenta que abandonar un negocio ilícito es muy difícil, porque significa dejar de tener grandes ingresos y nadie se adapta a volver a una vida de ingresos ajustados), el compromiso con el Imperio Romano, el odio de sus paisanos (que los detestaban y por esos sus amistades y relaciones se circunscribían a sus parientes y otros publicanos) y los que tienen la “conciencia cauterizada”, como dice san Pablo *inducidos por la hipocresía de unos mentirosos, que tienen cauterizada su propia conciencia,* (1 Tim 4, 2).

Cita san Juan Pablo II en Reconciliación y Penitencia.

Esto se ve en el proceso que sufre el sicario de una banda: el primer muerto no le deja dormir, el segundo muerto no le deja comer, el tercero no le deja en paz y el cuarto ya no importa.

Todo ello forma una cadena que tiene dominado el corazón de Mateo. “Estaba sentado” suena a “estaba encadenado”. Jesús lo libera con una palabra: “sígueme”, y entra en un proceso de transformación de ser un trabajador para el Imperio a ser un gran trabajador para el Rey de reyes y el Señor de Señores.

Todas estas cadenas son muy fuertes, y el único que puede romperlas es Cristo. El hecho de resistirse en dos de estos casos que hemos presentado nos revela la gran fortaleza de estas cadenas.

Hay que recordar la parábola de los hombres fuertes que hace referencia al Espíritu Santo *Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte su botín.* (Lc 11, 21-22)

El hombre fuerte es el demonio y no sale por las buenas, necesita otro más fuerte que él. Los virus necesitan siempre un anfitrión para reproducirse, y así actúa el pecado en nosotros. San Pablo nos dice: *Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, | y nos ha trasladado | al reino del Hijo de su Amor* (Col 1, 13). El pecado no quiere salir de nuestra vida: nosotros, encadenados, no queremos separarnos de ahí. Por eso es necesario el poder de Dios, no basta con la voluntad (esto era uno de los grandes errores del pelagianismo contra el que arremete san Agustín, que por esto es llamado “Doctor de la Gracia”). La Gracia es el poder del Espíritu. Santo Tomás nos dice que Gracia es uno de los nombres del Espíritu Santo, es la “Gracia increada”. La obra del Espíritu cuando rompe la cadena y nos baña con sus dones es la Gracia creada. La Gracia increada es el mismo Espíritu, y su acción en nosotros es la Gracia creada.

Hay cadenas que nos someten a ciclos de Necesidad-Frustración por conveniencia, riqueza, comodidad... y necesitamos un hombre más fuerte que expulse al fuerte. La primera carta de Juan nos habla de esto: 1 Jn, 4, 4: *Vosotros, hijos míos, sois de Dios y lo habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo.* No es cuestión de nuestra voluntad, inteligencia, facultades... Bien que le funcionaron a Pilato o al joven rico. Necesitamos el Espíritu porque las cadenas son más fuertes que nosotros. Es interesante que estadísticamente el Papa Francisco ha mencionado más al Príncipe de las Tinieblas que muchos otros pontificados.

Eva habló con la serpiente y este fue su error, porque tenía las de perder. Nuestra inteligencia funciona a través de operaciones progresivas paso a paso, lentamente a través de juicios. La inteligencia angelical lo capta todo al instante, no hay modo de ganarla. Recordemos la cita de Efesios: *Poneos las armas de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo, porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire.*

La persona sometida a un vicio, no necesariamente tiene que haber posesión, tiene una capacidad de manipulación impresionante, por ejemplo, de un drogadicto: desarrollan una especie de superinteligencia para poner toda su persona al servicio de su adicción y aprenden a utilizar cualquier argumento, a hacer y decir cualquier cosa.

Pero hay otra razón menos dramática pero no menos fuerte: se llama lógica de la transacción, que es la forma de actuar el corazón humano cuando no está tocado por la Gracia: si me tratan bien, trato bien; si me tratan mal, trato mal. Presto si voy a recibir; invierto donde voy a recoger. Esta lógica está inscrita en el corazón humano por el pecado. Pero si solo tenemos esto, nos esperan desastres. Cristo en el Sermón de la Montaña dice: “si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?” El Evangelio está en la lógica del Padre Celestial, la lógica de la gratuidad, imposible para el corazón humano. En la filantropía hay un deseo bueno de hacer el bien, pero con recompensa en forma de satisfacción personal, reconocimiento público... En la caridad no hay nada de esto, como el sol que sale sobre buenos y malos. La lógica de la gratuidad es en cierto modo como la capacidad de desperdiciar amor o dones. Pero desperdiciar con sabiduría es la mejor definición de la lógica de la gratuidad.

La lógica de la transacción no funciona porque te deja sin defensa cuando más lo necesitas: en la juventud, con salud y vigor, no necesitas nada, pero en la vejez, cuando no puedes dar, es cuando tienes más necesidad y puedes dar menos en pago, por lo cual nadie te va a dar nada. Su respuesta frente a los desastres existenciales es la eutanasia.

Por tanto, necesitamos el Espíritu por dos razones: porque el enemigo es más fuerte que nosotros y porque hemos de levantarnos de la lógica de la transacción. Si no nos levantamos de la lógica de la transacción no es posible la vida cristiana; es más: no es posible la vida humana. En 1 Cor, 13 se nos dice que “el amor no lleva cuentas”. El corazón humano herido por el pecado original siempre lleva cuentas, por eso Pedro pregunta cuántas veces hay que perdonar.

Lo único que revienta los números es el infinito.

Necesitamos el don increado, el don del Espíritu que nos visite a nosotros las criaturas. Por eso la alegría irreprimible de la experiencia del Espíritu, porque es sentir el toque del infinito. Y el infinito revienta todas las cuentas. Si has ganado la lotería de los infinitos euros, ya no necesitas llevar cuentas en tu casa, puedes gastar sin límite. El Demonio es muy hábil llevando cuentas.

La lógica de la gratuidad es la lógica de los mártires. En la lógica de la transacción se llevan muchas cuentas complicadas, como las ruedas de las cajas fuertes. La de la gratuidad, en cambio, te evita toda esa complicación. Es una palanca con solo dos posiciones: o todo o nada. A la manera de san Juan de la Cruz. Así son los mártires: con Cristo, todo; sin Cristo, nada. Cuando esto llega, es cuando hay paz.